

Un palco en el paraíso

Biblioteca y promoción de lectura

“Hacer leer, como se come, todos los días, hasta que la lectura sea, como el mirar, ejercicio natural, pero gozoso siempre. El hábito no se adquiere si él no promete y cumple placer”. Gabriela Mistral: *Pasión de leer*. (1)

Hace unos años, en una ponencia escrita para un seminario celebrado en Cali, definí uno de los espacios esenciales para la lectura, el hogar, como la estación cero, el punto de partida de todo el proceso lector. En cierta medida, cada uno de los otros dos espacios claves (la escuela y la biblioteca) constituye una parada necesaria en nuestro camino como lectores autónomos.

La primera estación casi siempre nos prepara para leer la realidad, el entorno más inmediato en que transcurren los primeros años de vida: allí se aprenden a leer las expresiones en los rostros de nuestros familiares, los gestos mediante los cuales se nos transmiten las emociones, las peculiaridades de los objetos y de los animales que nos rodean... El hogar es, también, el sitio privilegiado para descubrir la palabra en su forma oral. Allí se nos revela que el vocablo *casa* no nos da cobijo, pero sí designa el lugar en que vivimos. Comienza, así, nuestra aventura por el mundo de las palabras escuchadas y dichas, hasta que un buen día alguien —nuestros padres, uno de los abuelos, una tía o un primo— nos muestra que ellas pueblan los libros bajo la forma de signos. Casi siempre, los viajeros abandonamos esta parada sin haber aprendido a desentrañar esas marcas impresas sobre el papel, pero todos sabemos que cuentan historias, que pueden ser muy musicales y cadenciosas, que atesoran muchísima información sobre el universo...

La segunda estación, la escuela, por lo general permite el encuentro con la lectura de la palabra. En el colegio se nos enseña a descifrar esas marcas impresas que llamaban nuestra atención desde las páginas de los libros y las revistas que veíamos en el hogar, a vincularlas con nuestra experiencia de vida. Comienza una nueva etapa del viaje en la que nos iniciamos en el manejo del código al cual obedecen esos signos lingüísticos y se nos abren las puertas para entender sus significados. Esta es, sin duda, una etapa decisiva y fundamental en el proceso de formación de todo individuo. Mediante la lectura, aprehendemos el mundo y lo incorporamos a nuestro acervo;

a través de ella recibimos un rico legado de conocimiento y cultura. En este sitio, la responsabilidad se encuentra en manos de los docentes, quienes guardan la llave que nos permite acceder a los territorios poblados por la palabra escrita.

La tercera estación es la biblioteca, un territorio compartido por toda una enorme población de usuarios que entramos a ella en busca de libros y lecturas, con fines placenteros o utilitarios, en búsqueda del texto que puede entregarnos el dato preciso para nuestro estudio o de la lectura agradable para un rato de esparcimiento. Porque, como expresó Gabriela Mistral: “una biblioteca es un vivero de plantas frutales (...) Lo mismo que en el vivero, no hay en las bibliotecas plantas iguales aunque las haya semejantes, porque la biblioteca es un mundillo de variedad que no debe descansar nunca. Aquí están los fuertes y los dulces, los cuerdos y los desvariados, los serios y los juguetones, los conformistas y los rebeldes (...) Hasta puede decirse que una biblioteca se parece, a pesar de su silencio, a un pequeño campo de guerrillas: las ideas aquí luchan a su gusto (...) Los más acuden a una biblioteca por encontrarse a gente de su credo o clan, pero venimos, sin saberlo, a leer a todos y a aprender así algo muy precioso: a escuchar al contrario, a oírlo con generosidad y hasta darle la razón a veces. Aquí se puede aprender la tolerancia hacia los pensamientos más contrastados con los nuestros, de lo cual resulta que estos muros forrados de celulosa trabajan sobre nuestros fanatismos y nuestras soberbias, según hacen la lima alisadora y el aceite curador”. Y cabría agregar que en la biblioteca se nos enseña a compartir y a respetar los bienes comunes, la propiedad social, a través del cuidado de los libros, que constituyen un patrimonio de la comunidad informal de usuarios, un bien por todos compartido. Los bibliotecarios son, en este espacio, las personas que nos ponen en contacto con los materiales de lectura que precisamos o que ellos intuyen pueden ser de interés o agrado para cada quien. Al respecto Gabriela Mistral expresa: “Son el bibliotecario o la bibliotecaria quienes irán creando la tertu-

lia de vecinos en esta sala (la biblioteca); ellos darán alguna reseña excitante sobre el libro desconocido; ellos abrirán la apetencia del lector reacio, leyendo las páginas más tónicas de la obra con gesto parecido al de quien hace aspirar una fruta de otro clima, hasta que el desconfiado dé la mordida”.

Las tres estaciones, que conforman una especie de *continuum*, son importantes y todas las personas que interactúan con nosotros en estos espacios resultan decisivas en nuestra formación como lectores. En la infancia, casi siempre transitamos por esas estaciones, vamos y volvemos de una a otra, aunque la incidencia de ellas en nuestro itinerario lector suele ser muy distinta y, por consiguiente, singular.

En esta ocasión, hablaremos de la biblioteca y de su repercusión en el trabajo de promoción de lectura en los niños y adolescentes.

La biblioteca en el jardín infantil

Al jardín infantil le corresponde una gran misión socializadora porque, en él, el pequeño comparte sus experiencias con distintos niños, se asoma al mundo de otros adultos, descubre nuevas relaciones y explora otros ámbitos. El jardín es una etapa decisiva porque allí al niño le son entregados conocimientos imprescindibles para cuando comience su educación escolar formal y se le introduce en prácticas que marcarán su posterior desarrollo humano y sensible. Entre esas prácticas se encuentra la relación con los libros.

Por eso, conviene que cada jardín infantil reserve un rincón para conformar su biblioteca. Un sitio donde los libros puedan mirarse y ser detonantes para la fabulación, donde un cuento pueda ser escuchado, sin cansancio, una y otra vez. En el jardín, los libros deben ser seleccionados de acuerdo con el grado de maduración psicológica, intelectual y emocional de los niños. Deben priorizarse los álbumes, los libros de imágenes y los volúmenes profusamente ilustrados, es decir, todos aquellos materiales que posibiliten una lectura de la imagen y que permitan a los pequeños construir historias e iniciarse en el lenguaje de las artes plásticas. También es conveniente incluir, entre los materiales escogidos, recopilaciones de la tradición oral, los cuales resultan idóneos para que el adulto los comparta con los menores, facilitando el reencuentro con un saber del cual ellos ya han tenido noticias a través del hogar.

Muchos de estos libros deben estar elaborados con materiales resistentes: hule, plástico, madera, cartón, etcétera, de manera que el niño más pequeño pueda manipularlos a su antojo: los pueda golpear y dejar caer, morder, babear, doblar, etcétera. Se busca que los aprendices de lectores se sientan “en confianza”



Emiliano Cruz Martín. *El placer de leer*. Biblioteca Municipal de Salamanca. 1998

con los libros, que empiecen a manipularlos, que creen una relación afectiva con los volúmenes que sostienen en sus manos diminutas. Que descubran en qué dirección se leen las líneas del texto, cómo se transita de una página a la otra, que establezcan relaciones de continuidad y causalidad entre las ilustraciones.

Los cuadernos permanecerán en anaqueles al alcance de los niños. Con sólo extender sus brazos, el libro se hallará en su poder y podrá comenzar su lectura sin que requiera de la ayuda auxiliar del adulto.

El espacio físico de la biblioteca debe ser agradable, amplio y luminoso. Este se encontrará acondicionado con almohadones, colchonetas y alfombras, así como con mesas y sillas apropiadas para las edades de los chicos. Habrá quienes querrán leer sentados sobre un cojín en un rincón; algunos buscarán su acomodamiento sobre un tapete y acostados disfrutarán de las obras; otros se dirigirán a las mesas y sentados en bancos o sillas realizarán su lectura.

La hora del cuento será el momento indicado para que los niños lleguen a la sala. En el cronograma establecido para los chiquitines, habrá que incluir un tiempo para que, acompañados por su profesor, visiten la biblioteca, y rodeados por los libros, se les lean o narren cuentos, se les seduzca con la musicalidad y el ritmo de los versos. Es muy difícil que exista una sola persona dedicada a esta actividad en los jardines. Serán los propios profesores quienes asumirán esta tarea, que no es nada sencilla.

La persona encargada de la actividad deberá analizar qué cuento o cuál poema va a compartir con los pequeños receptores: hay que considerar sus intereses y gustos e, incluso, los acontecimientos del día

que se vive. En el caso de las historias, tienen excelente acogida las que son de estructura lineal y sencilla, con pocos personajes; los protagonistas pueden ser niños o animales; además, la presencia de elementos que se reiteran en el relato, así como el uso de onomatopeyas y del diálogo, casi siempre son bienvenidos. Si se trata de poemas, resultan idóneos tanto los procedentes de la tradición oral (nanas, rondas, trabalenguas y retahílas) como los escritos por autores de oficio que apelan al ritmo y la musicalidad de los versos de arte menor.

El manejo de la voz resulta decisivo. No se trata de que el profesor tenga que hacer tantas voces distintas como personajes aparezcan en la historia ni que deba distorsionarla en forma caricaturesca. Más importante que esto es saber subrayar, con ciertas modulaciones, algunas intenciones de las frases y los momentos decisivos del relato. En el caso de la poesía, conviene marcar la cadencia, ciertas líneas de verso, algunas palabras... Todo ello obliga al profesor a leer con detenimiento y antelación el texto que va a compartir con los niños, de manera que él pueda incorporarlo y hacerlo suyo.

Si la hora del cuento se va a realizar con el apoyo de libros de imágenes, habrá que mirar, previamente y con suma atención, las ilustraciones, para que podamos construir una propuesta de historia. También, conviene explorar la posibilidad de imaginar un cuento apoyándonos en una sola imagen (un afiche, una diapositiva o una postal, por ejemplo).

Una modalidad de la hora del cuento puede ser también la representación con títeres de una pequeña pieza dramática. Pero lo más usual suele ser narrar historias apoyándose en el recurso del títere digital o de guante.

Es muy importante que el niño participe activamente en la hora del cuento. Una forma de lograrlo es haciendo preguntas para estimular la capacidad de predecir lo que acontecerá en la trama. O que los niños hagan corro al decir su maestro cierta rima. De esta forma, sentirá que se trata de algo en lo que se halla realmente involucrado.

La pedagoga y escritora colombiana Yolanda Reyes, quien dirige Espantapájaros Taller, en Bogotá, ha llevado más lejos su biblioteca de jardín que cualquier otro sitio similar que conozca. Los niños acuden a la sala destinada a la lectura varias veces a la semana. Pero lo curioso es que todos pertenecen, desde su ingreso al jardín, a un "club de lectores" y cada fin de semana pueden llevar a su casa, en calidad de préstamo, un libro de la biblioteca. Tienen un carné que los identifica como usuarios y "firman" un registro cuando eligen el libro que quieren llevarse prestado. Para involucrar a los padres, la institución publica un boletín con recomendaciones de libros de

alta calidad estética y literaria que pueden adquirir en las librerías, se les dan sugerencias sobre qué actividades pueden hacer con sus hijos para apoyarlos en su formación lectora.

Resulta muy simpático y sorprendente, cuando termina la jornada del viernes, ver a los chiquitines, que apenas saben hablar, salir de Espantapájaros Taller con un libro debajo de un brazo, mientras que con el otro arrastran su abrigo y la lonchera.

Experiencias como ésta indudablemente marcan a los niños y establecen una relación cordial con la lectura y los libros desde las más tiernas edades; sin embargo, debo aclarar, con gran pesar, que las bibliotecas en los jardines infantiles constituyen verdaderas rarezas.

La biblioteca en la escuela

Lamentablemente, y por lo general, en los países latinoamericanos la biblioteca escolar ha quedado relegada, en el mejor de los casos, a una única función: la de poner su espacio y sus colecciones al servicio de los deberes escolares señalados por los profesores a los estudiantes. Es decir, se privilegia la función instructiva, de entre todas las que está llamada a cumplir. Digo "en el mejor de los casos", porque todavía existen bibliotecas escolares que son utilizadas como sitios de destierro y castigo. ¿El estudiante se portó mal? ¿Que se vaya a la biblioteca, a purgar su culpa!

Entre otras misiones de la biblioteca de escuela, cabe mencionar la de ser un espacio donde convergen los estudiantes y sus profesores, así como la de ser un sitio ideal no sólo para realizar lecturas utilitarias, vinculadas con el currículo, sino aquellas que poseen un carácter recreativo, gozoso, que amplían los horizontes del niño, a la vez que aguzan su sensibilidad e inteligencia. Lecturas de todo tipo: de los libros usados en el programa de enseñanza, pero también de libros literarios y de información científico-técnica, enciclopedias, diccionarios, publicaciones periódicas, cómics, etcétera, presentados en todos los soportes posibles: papel, disquetes, CD-ROM...

Sin embargo, hay casos más críticos a considerar pues son muchas las instituciones educativas que no poseen bibliotecas. A veces sucede que no se dispone de un espacio para ellas dentro del plantel. En otras ocasiones, existe el local, pero no hay quien atienda a los usuarios o no se cuenta con una colección de calidad ni de recursos económicos para adquirirla. A veces, el dinero existe, pero, por desgracia, ¡se invierte en libros de dudosa calidad, que dejan mucho que desear, y con los que resulta difícil iniciar un proyecto de fomento de la lectura! Con frecuencia, los libros permanecen en los anaqueles, bajo

llave, sin dárseles uso, o metidos en cajas. Si los libros se encuentran inventariados, el temor a que se pierdan y a que se afecten los bolsillos de los educadores, hace que su acceso por parte del estudiantado resulte más difícil aún. Dice Aurora Díaz Plaza que “un libro cerrado resulta un contrasentido” (2); a la idea anterior se pudiera agregar la siguiente: una biblioteca escolar cerrada o que no presta sus libros, más que un absurdo, es un verdadero crimen.

Cada centro escolar debe luchar por tener una biblioteca con un fondo mínimo de volúmenes de todo tipo, que garantice a los niños la relación con libros muy diversos tanto en lo temático como en lo formal, pero todos de calidad. Sólo así se podrán proponer a los estudiantes consignas lectoras.

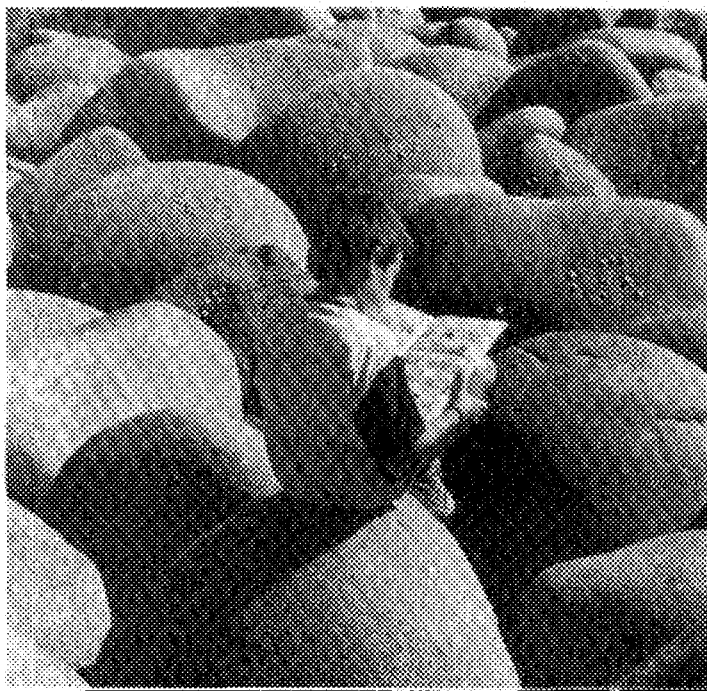
Cuando existe el espacio físico, léase la biblioteca, y el personal que la atiende, léase el bibliotecario, todavía falta un elemento decisivo: es la conciencia de la necesidad de promover, desde ella y en el espacio escolar, la lectura natural. La lectura significativa, que trascienda lo instrumental. El bibliotecario debe tender puentes que vayan desde su “hábitat” natural hasta las aulas, para lo cual cuenta con un aliado muy importante: el profesor. Ambos deben concebir un programa de fomento de la lectura que vaya más allá de la investigación de temas del *pénsum* y de la solución de tareas.

Y no es que la biblioteca deje de asistir a los estudiantes en el cumplimiento de sus deberes, sino que proponga también lecturas recreativas, que ofrezca su espacio para el debate de problemas que afectan a la comunidad escolar, que franquee la puerta del local que le ha sido asignado y vaya al aula con propuestas motivadoras y sugerentes, capaces de atraer a los alumnos hacia sus salas.

Una de estas propuestas pudiera ser la creación de un rincón o esquina de libros en el salón, de manera que los estudiantes puedan, entre clase y clase, asomarse a las páginas de un libro sin necesidad de desplazarse hasta la biblioteca. O sea, se trata de poner en el entorno más inmediato del alumno, el aula, un conjunto de buenos libros a su alcance.

La hora de cuento, adecuada a las edades de los estudiantes, constituye un poderoso recurso para animar la lectura y contribuir a materializar un programa de formación de lectores autónomos en el colegio. Habrá que estudiar los requerimientos y gustos de los escolares para desarrollar propuestas acertadas que descansen en la lectura de viva voz, la cual buscará poner de relieve los elementos lúdicos y significativos del texto.

Al respecto, ha expresado el investigador inglés Aidan Chambers: “Leer en voz alta es la forma más agradable de presentar cualquier texto literario a cualquier grupo de gente, sin importar su edad (...)



Fernando García Aguilera. *El placer de leer*. Biblioteca Municipal de Salamanca. 1998

Leer en voz alta es una actividad esencial en la promoción de lectura. Tan esencial, que si yo fuera ministro de educación, pasaría una ley en el sentido de que todos los profesores, en todos los salones de clase y en todos los niveles, deberían leer en voz alta una pieza significativa de literatura a los estudiantes”. Y aclara a continuación que por obra “significativa” no quiere decir “extensa”: “Cinco líneas de poesía valiosa son más significativas que cinco páginas de prosa modesta. Y después de la lectura, el profesor tendría que explicar brevemente porque considera que esas pocas líneas merecen la atención de los estudiantes” (3).

La hora del cuento no puede convertirse en una actividad más entre las tantas que debe cumplir el alumno en el colegio. El bibliotecario y el maestro tendrán que idear la manera de que este momento se convierta en algo esperado por los niños, en un rato especial, placentero. Para ello, deben buscar información sobre técnicas de animación a la lectura y ser muy creativos.

Y, por supuesto, cuando el niño entre a la biblioteca a realizar sus tareas, sin acosarlo, buscar de qué forma puede interesarle por la lectura de otros materiales. Puede ser que cuando un alumno dé muestras de cansancio y su mirada vague por la sala, sea el instante propicio para establecer, con él, una conversación que permita al bibliotecario descubrir sus preferencias, su recorrido como lector, etcétera. Más adelante, se sugerirán textos que puedan satisfacer sus apetencias lectoras.

Esta labor de “sugeridores” de lecturas, que resulta fundamental, no es sencilla: demanda mucho tacto

y conocimiento de los libros infantiles y juveniles. Al respecto, señala la especialista francesa Jacqueline Kergueno: "El guía acompaña al alpinista, no le impide escalar. ¿Hay que escoger su itinerario? Solamente para evitarle emboscadas poco deseables. Y para hacerle disfrutar del paseo, es mejor escoger bellos paisajes. Ayudar a un niño a convertirse en lector, es ayudarlo a encontrar un camino en la selva de los libros sin elegir por él" (4).

Los maestros deben buscar asesoría en las bibliotecas acerca de cuáles lecturas van a indicar a sus estudiantes. Para no pedirles que lean obras que pueden tener grandes méritos literarios, pero que no les interesan o que exceden su experiencia como lectores. Gabriela Mistral decía que lo solemne anticipado puede empalagar para toda la vida, porque el fastidio lleva derecho a la repugnancia. Un libro bueno, pero leído a destiempo, puede ser un antídoto muy eficaz contra el gusto por la lectura.

La biblioteca pública

Se hace necesario un cambio de actitud de las bibliotecas públicas en relación con los libros infantiles y juveniles y las nuevas generaciones de lectores. A la luz de las concepciones actuales que hablan del papel que debe desempeñar la biblioteca pública como centro de información y de cultura, hay que revisar prácticas tradicionales para dar cabida a concepciones más contemporáneas, que la conciben como una fuerza viva de educación, cultura e información.

El *Manifiesto de la Unesco para la biblioteca pública*, emitido en 1994, habla de las principales misiones a desempeñar por esta institución, y entre ellas resalta las de "Crear y consolidar el hábito de la lectura en los niños desde los primeros años" y "Estimular la imaginación y la creatividad de niños y jóvenes" (5).

En una biblioteca pública infantil, el espacio físico resulta primordial. Espacios pintados con colores atractivos y adecuados, luminosidad, tal vez un mural en una pared, que puede ser dibujado por los propios niños. Estantes abiertos, por supuesto, de los que los libros se puedan tomar libremente, y luego de hojearlos, quedarse con ellos o devolverlos, para proseguir la pesquisa hasta dar con uno que despierte nuestra curiosidad. Un tapete y almohadones, para acostarse a leer cómodamente, boca arriba o barriga abajo. Todos esos elementos contribuirán, sin duda, a "desacralizar" la biblioteca como espacio lector. Es importante, así mismo, que los volúmenes se exhiban de tal modo que los usuarios puedan apreciar las carátulas. Los comerciantes aseguran que "lo que no se exhibe, no se vende"; también en la biblioteca hay

que mercadear el producto para vender la lectura recreativa y voluntaria.

En la biblioteca tradicional solamente se leía; una biblioteca contemporánea es un sitio que permite leer, como es lógico, pero que propicia, así mismo, el encuentro con múltiples experiencias relacionadas con la información, la ciencia y la cultura. Exposiciones de libros y de artes plásticas, audiciones de música, proyecciones de videos y filmes, foros sobre temas de actualidad, presentaciones de obras literarias, encuentros con autores... Mientras más atractiva sea esa programación, más posibilidades existirán de que nuevos lectores potenciales se acerquen a su ámbito.

El tránsito de una biblioteca tradicional a una biblioteca contemporánea llegará a un peldaño superior cuando sus lectores asiduos participen activamente en su organización y funcionamiento. Incluso en la adquisición de nuevos fondos bibliográficos. Cuando los niños y los adolescentes intervienen en la elección de los nuevos libros que se van a comprar, poniendo de manifiesto sus intereses personales y los de quienes les rodean y atendiendo a la necesidad de llenar determinados vacíos de la colección, su vinculación a la biblioteca se hace más estrecha y productiva.

En un interesante y muy útil libro publicado en 1981, la especialista colombiana Julia Alba Hurtado señalaba que el encargado de la biblioteca debe actuar "como si cada día de trabajo se esperara una visita de importancia, en cuyo honor el recinto ofreciera una disposición especial. En verdad, cada lector es un personaje distinguido y una visita de todo nuestro agrado" (6).

En una biblioteca el libro es importante, desempeña un papel protagónico, ¿quién lo duda! Pero la razón de ser de la biblioteca es el lector. De nada sirve tener muchos y buenos volúmenes perfectamente clasificados y situados en los estantes, si esas obras no circulan, no llegan a manos de los niños y los jóvenes, no son leídas y no actúan sobre ellos, transformándolos, generando la curiosidad, primero, y la necesidad, más tarde, de disfrutar con la lectura de nuevos libros.

El especialista alemán Willi Fährmann ha expresado: "Los asiduos de las bibliotecas no caen llovidos del cielo, sino que son el producto de la educación en la familia, en el grupo, en la escuela o colegio y en el ambiente cultural" (7). El éxito de la promoción de los servicios bibliotecarios descansa, entonces, en buena medida, en los vínculos estrechos y productivos que esta institución consiga entablar con otros espacios de la comunidad en los que se mueven los niños. La biblioteca no debe concebirse como una pieza aislada, sino como parte de un engranaje cultural y educativo.

Las bibliotecas públicas, en nuestros países latinoamericanos, suplen la carencia de bibliotecas en las escuelas y se ven en la necesidad de asumir y dar prioridad, entre sus funciones, a la de brindar servicios escolares. Pero el hecho de que cientos y cientos de estudiantes invadan las bibliotecas públicas para hacer sus tareas, por falta de recursos apropiados en sus escuelas, no puede llevar a los bibliotecarios a renunciar al cumplimiento de sus otras muchas finalidades.

Cómo ocupar un palco en el paraíso

Quiero compartir con ustedes unos apuntes del gran poeta cubano Eliseo Diego, en los que evocó su breve, pero reveladora, experiencia como profesor de literatura de un grupo de adolescentes. El autor de *El oscuro esplendor* refiere que estaba en el salón de clases, leyéndoles en alta voz una escena de amor de *Romeo y Julieta*, de Shakespeare, cuando descubrió, sorprendido, que sus jóvenes alumnos no habían aprendido a leer: "Eran capaces de traducir los símbolos escritos en sonidos, pero no podían ir más allá. Sabían convertir las letras en fonemas que les eran familiares, y allí terminaba el proceso para ellos. Faltaba el paso final, el decisivo, aquel para el cual se había ideado todo el mecanismo tan simple como complejo en sus repercusiones sobre la psique humana: el tránsito del símbolo escrito a la imagen, para después emitirlo en sonido con plena conciencia del milagro ocurrido en el medio entre el principio y el fin del proceso

De más está decir que allí mismo olvidé el programa de literatura inglesa y dediqué todos mis esfuerzos al intento de despertar en los muchachos la inocente delicia de leer.

Con infinita paciencia —no lo digo por alabarme, sino por halagarme—, los fui llevando desde la grafía al sentido de la palabra y a través de él hasta la imagen oculta adentro y por fin al sonido. El proceso fue difícil, porque los jóvenes no estaban acostumbrados a que les costase el menor trabajo. Una mañana vi cierto resplandor en sus rostros. Habían descubierto el placer de la creación. El nacimiento de la imagen adentro de sí mismos los hacía sentirse felices, simplemente.

(...) Jamás he vuelto a intentar la locura de ser maestro de las bellas letras. Como jamás he olvidado la expresión de felicidad en los rostros de las muchachas y jóvenes a quienes descubrí el secreto de crear imágenes propias con la sola ayuda de un libro" (8).

La biblioteca escolar o pública no puede dar por sentado que los que acuden a sus instalaciones saben leer. La biblioteca de hoy no puede cruzarse de bra-

zos y decir, cómodamente, que enseñar a leer es cosa de los maestros y, en última instancia, de los padres. Para promover la lectura desde la biblioteca y formar los lectores del porvenir, no es suficiente con llenar de libros atractivos un local. Hay que acompañar a los lectores, iniciarlos en el disfrute, revelarles la complejidad, la riqueza y la satisfacción que caracteriza al acto de leer creativamente. El bibliotecario tiene que ser también, a su manera, maestro de lectura. Un guía que, atento a las peculiaridades de cada niño y adolescente, los oriente, de manera delicada, sugestiva y llena de aciertos, acerca de qué leer y de cuándo y cómo leerlo.

El novelista norteamericano Henry Miller, quien además de un destacado renovador de la narrativa de su época, fue un gran lector y amante de los libros, escribió que, para él, asistir a la biblioteca pública y sentarse a disfrutar de la lectura de una obra, era como "ocupar un palco en el paraíso" (9).

No cabe duda de que, por su condición de puerta de acceso a las obras literarias más revelantes de la cultura universal y al saber acumulado por generaciones de científicos e investigadores, la biblioteca es un auténtico paraíso para los lectores, para todos aquellos que disfrutan con la lectura de un poema, un relato, un artículo sobre los avances de la tecnología o un análisis del acontecer político. Nuestra responsabilidad como adultos radica en lograr que el mayor número posible de niños y jóvenes descubran los privilegios que brinda el ejercicio de la condición de lector, para que tengan acceso a ese paraíso y puedan hacerse de un palco en él, para que puedan gozar descifrando y recreando la palabra escrita. ■

Sergio Andricain, investigador y crítico literario cubano. Ha publicado, entre otros libros, *Puertas a la lectura* (1993), *Escuela y poesía* (1997) y *Espacios para la promoción de la lectura* (1999).

Notas

- (1) MISTRAL, Gabriela: "Pasión de leer". En: *Poesía infantil*. Santiago de Chile: Andrés Bello, 1994.
- (2) DÍAZ PLAZA, Aurora: *Cómo organizar la biblioteca en la escuela*. Madrid: Escuela Española, 1989.
- (3) CHAMBERS, Aidan: "Cómo formar lectores". En: *Hojas de lectura*, Bogotá, n° 45, abril de 1997.
- (4) KERGUENO, Jacqueline: "Ayudar a los niños a convertirse en lectores". En: *Colección clave sobre historia, crítica y teoría literaria infantil*. Caracas: Centro de Información y Documentación sobre Literatura Infantil y Lectura, Banco del Libro, 1995.
- (5) UNESCO: *Manifiesto de la Unesco para la Biblioteca Pública*, 1994.
- (6) HURTADO, Julia: *La biblioteca y la promoción de la lectura*. Bogotá: Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe; Instituto Colombiano de Cultura, 1981.
- (7) FÄHRMANN, Willi y Mercedes GÓMEZ DEL MANZANO: *El libro y los niños. Cómo despertar una afición*. Madrid: SM, 1979.
- (8) DIEGO, Eliseo: "La inocente delicia de leer". En: *Mito o realidad del libro*. Bogotá: Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe, Colcultura, 1994.
- (9) MILLER, Henry. *Los libros en mi vida*. Buenos Aires: Siglo XX, 1987.